

Un Día Tras Otro

Por
RAFAEL
GUIZADO

Tengo la impresión de que no se ha elogiado cuanto se debe a la Compañía de Ópera Nacional que inició su temporada en el Teatro Colón hace pocos días. Si la prensa ha sido parca en esta ocasión, el público en cambio supo apreciar la escuela de casto y de disciplina, de consagración y de entusiasmo que hizo posible la deliciosa actuación de los artistas nacionales dirigidos y animados por Matías Morro y por Guillermo Espinosa.

Se habla y se escribe mucho sobre la necesidad de apoyar el teatro nacional; pero ese estímulo debe empezar cuando se demuestre de manera clara y objetiva la existencia de ese teatro. En cuanto a la Ópera, la demostración ha sido completa: si las deficiencias son numerosas aún, ninguna de ellas es considerable; y sobre todo, hay en esa compañía un admirable empeño por el detalle, por el buen gusto, por el deseo de agradar y de satisfacer al público que cautivan al más exigente espectador y le obligan a olvidar rápidamente los pequeños defectos que necesariamente debe tener un conjunto nuevo y sin tradición teatral.

La discreción de ese grupo y el esfuerzo individual de los artistas son ejemplares; parece como si cada uno de ellos se hubiese propuesto ganar la voluntad del público con un esfuerzo de inteligencia que le obliga a ser modesto en su actuación, reconociendo sus naturales limitaciones, pero demostrando sus dotes artísticas, fruto de un trabajo de largo tiempo y de una consagración de todos los días.

Esa sensación del cumplimiento honesto del cometido, de la retribución honrada al público acudido, son las condiciones más esenciales para el buen suceso de una aventura teatral colombiana. Quiénes aspiran a seguir los pasos afortunados de la Compañía de Ópera, deben necesariamente partir de esa base. No se puede tratar ya de una experiencia arriesgada y bohemia, ni de una complacencia remilgada, como en los tiempos ingenuos de los presidentes-comediógrafos, porque el recalado premio al esfuerzo se estila poco o nada y en cambio el teatro ha entrado en un período de depuración que revela la importancia exacta de su misión social y el grado de cultura de un pueblo.

Los ensayos teatrales nacionales no pueden va ser diversiones para los pretendidos artistas y causas de desengaño para el espectador. No pueden presentarse como experiencias de fortuna ni como expedientes para pescar incautos. El teatro necesita defensores tenaces y honestos, inteligentes y trabajadores. Y quienes pretendan renovarlo con actuaciones mediocres, exentas por completo de mérito artístico, le causan un mortal per-

julcio. El público no acepta ser complaciente hasta el punto de aplaudir lo que no le emociona en materia teatral, lo que no le entusiasma ni corresponde a la ilusión de enriquecimiento espiritual que se ha formado cuando resuelve concurrir al teatro.

Por todo eso, ha sentido gran complacencia al saber que la dirección nacional de extensión cultural y bellas artes se ha propuesto ser estricta e inflexible en cuanto al apoyo que las compañías nacionales solicitan del Estado para actuar en los teatros oficiales, y no conceder ese auxilio sino a quienes demuestren merecerlo por la calidad artística del espectáculo que quieren presentar. La entidad mencionada demuestra su buen criterio, al patrocinar la Compañía de Ópera que reúne las condiciones mínimas para merecer su confianza y su patrocinio. Ojalá los conjuntos dramáticos que se proponen llegar al escenario del Colón tengan suficientes méritos para recibir ese apoyo.

Son tantos los elementos de nuestra incipiente cultura que se acaban y se disuelven en la barahunda de influencias extrañas que estamos soportando, son tan rudos y tan violentos los golpes que recibe nuestra tradicional y pausada manera de vivir, de pensar y de decidir, y tan sorprendidas las materias con que se nos pretende vencer sin raciocinio y comprometer sin convicción, que nos consuela profundamente y nos entusiasma hasta la locura cualquier afortunada manifestación de nuestro genio nacional y de nuestra sensibilidad espiritual, como la que hemos presenciado recientemente en el Teatro Colón, y nos conquistaría totalmente y nos llenaría de un completo júbilo la realización inteligente, sensata y brillante de la empresa de teatro dramático colombiano, con todo lo que ella implica de talento y habilidad en el escritor, de consagración, trabajo, disciplina y sobriedad en el intérprete, de buen gusto, recato y fantasía de los decoradores, de tacto, conocimiento, rectitud y carácter en la dirección.

Creo firmemente que son pocas las personas sensatas que consideran sin importancia o de escasa trascendencia la cuestión teatral. Y por eso mismo, estoy convencido de que si se llegase a organizar una compañía dramática comparable siquiera a la de Ópera, recibiría un caudaloso apoyo del público, una espontánea contribución de parte de gentes pudientes, una acogida cordial y cálida en todos los sectores de la opinión. Porque con el buen éxito de una compañía nacional de dramas las gentes satisfacerían un deseo vago que hoy sienten, que no pueden definir con claridad y que es la necesidad de renovar su confianza en la espiritualidad de sus compatriotas.